

Charlotte Carter

Arde Chicago
Misterio en el condado de Cook

Traducción del inglés de
María Corniero

Nuevos Tiempos **Ediciones Siruela**

Los diversos barrios de Chicago descritos en esta novela –el South Side, el Loop, etc.– existen en la realidad, pero Forest Street es una calle imaginaria. Asimismo, en el libro se combinan nombres de lugares ficticios, como el colegio de primaria Champlain, con otros reales. (*N. de la A.*)

Prólogo

Habría bastado un ínfimo cambio en el curso de los acontecimientos –una vuelta de tuerca más– para que me hubiese despedido del mundo con una traca de balazos. Como aquel tipo blanco de la torre de Texas, me habría llevado por delante a unos cuantos antes de que acabaran conmigo. O quizá estaría ahora mandando telegramas imaginarios desde una celda acolchada. Lo que es indudable es que no habría realizado mi sueño de ir a la universidad.

Y es que pasé demasiado tiempo sin que nadie me quisiera.

Muchos críos piensan lo mismo, lo sé. Pero el hecho es que a los nueve años de edad había acumulado toda una serie de pruebas contundentes. Por ejemplo:

1. Mi madre se casó en segundas nupcias –¿o eran las primeras?, nunca lo tuve muy claro– y se fue a vivir muy lejos. La cuestión es que olvidó enviarme su nueva dirección.

2. La responsabilidad de ocuparse de mí recayó en mi abuela, que me mantenía aseada y razonablemente bien educada. Pero esencialmente era una despiadada vieja cascarrabias cuyas reservas de entereza y pacien-

cia ya estaban agotadas cuando nuestros caminos se cruzaron. Su marido había muerto joven y, para colmo, sus hijos habían ido convirtiéndose uno a uno en desengaños vivientes, y cualquier clase de ternura afectuosa que pudiera haber sentido en su día se había consumido del todo tras muchos años de duro trabajo como asistente. No era culpa suya, lo sé. Pero tampoco mía. Me quedé sin las mantecadas calientes, los enormes brazos amorosos y el sólido regazo negro que tanto elogian los adalides de nuestra raza.

3. Tuve un buen respiro cuando se me concedió el don del amor a la lectura. Pero tampoco a eso le faltaban sus pegas. Me convertí en el ejemplar más deleznable de enchufada y pelotillera. Me llovían las estrellas doradas, las medallas de ortografía y los sobresalientes; y también las palizas continuas de mis compañeros de clase, que desde que me echaron la vista encima no pudieron soportar a una mema tan formalita, ratón de biblioteca y paticoja.

4. ¿Recuerdan a la señora Polio y la cosecha que se cobró en Estados Unidos en los años cincuenta? Pues bien, esa señora se llevó a mi dulce prima Dot, mi única confidente y compañera de juegos. Tuvo que elegirla a ella, la muy infame. Dot, a quien le gustaba trenzarme el pelo, quien siempre tenía buenas palabras para mí, nunca se reía de cómo saltaba a la pata coja y a los nueve años ya sabía abrazarte contra su pecho y conseguir que no sintieras miedo. El ignorante de su padre oyó en alguna parte que la vacuna Salk en realidad transmitía el virus y no permitió que se la pusieran a su hija.

Mi prima no era más que una niña. Y había muerto. Fue la gota que hizo rebosar el vaso.

Al morir Dot, el desdén de mis compañeros, las bo-

las de nieve que me tiraban y sus opiniones sobre mis feos zapatos de cordones dejaron de hacer mella en mí. Es más, decidí que ya iba siendo hora de pagarles con la misma moneda. Se acabaron los largos rodeos para esquivar a los chavales del final de la manzana que tanto disfrutaban destrozándome los cuadernos. Que me tirasen al suelo a empujones cuantas veces quisieran; yo me quedaba impasible. Se acabaron los lloros en mi habitación y las noches plagadas de vagos y dolorosos recuerdos de mi madre. Empecé a tener sueños alegres en los que mis enemigos caían como chinches bajo el azote de mi cólera.

Mis enemigos eran legión. No pensaba limitarme a los matones del colegio y a los tenderos que te timaban con las vueltas, qué va. Mis pensamientos eran mucho más amplios, globales, se podría decir. Me quedaba por perfilar el plan, pero en cualquier caso mi venganza iba a ser de proporciones bíblicas.

Por fortuna, la abuela Rosetta murió justo entonces. Y, de hecho, tuvo una muerte heroica: sin saberlo, salvó al mundo de la devastación que yo iba a sembrar en él. Su hermana, Ivy, me recogió y se hizo cargo de mí. Y uno de los innumerables milagros que ocurrieron bajo la amorosa tutela de mi tía abuela y su marido, Woodson, fue que perdí todo interés en convertirme en una famosa sociópata negra.